

XV.

UN DEFENSOR Y UNA DEFENSORA DE LOS

VALDENSES.

Una de las sombras que la leal mistress Needle sentíase forzada á reconocer en los imaginarios esplendores de la iglesia anglicana, era el reducido número de sus fieles: ¡cinco millones de hermanos, ó seis, si llegan! ¿Cómo se comprendía tan mal el concepto bíblico de la Iglesia, hasta el punto de verle realizado en grey tan flaca? ¿Podía el "Enseñad á todas las gentes," proferido por el Redentor, producir tan escaso fruto, que después de diez y nueve siglos de enseñanza, quedasen sólo algunos islotes iluminados por la Escritura? Aquí descubro un misterio, decía para sí la fervien-

te admiradora de la reforma de Enrique VIII: no puede quedar tan limitada, empequeñecida é infamada la celestial sociedad que fundó el Salvador del mundo.—Pero mistress Needle, con su industriosa imaginación, y sobre todo con el ímpetu de su obstinada voluntad, esforzábase por descubrir hijos para su iglesia y hermanos para sí propia. Por lo tanto, á excepción de los papistas y de los *puseistas* (según ella), peores que los papistas baladrones, abrazaba con amor todas las sectas protestantes, con tal que no se hubieran declarado enemigas acérrimas de la alta iglesia. Gustábale poner en parangón los símbolos de las varias religiones, incluso las nuevas, que brotaban todos los días en los países no católicos de la Europa y de América, divizando en ellas, de un modo ó de otro, la sustancia de los treinta y nueve artículos. Cuando las doctrinas de aquellas no chocaban con mucho encarnizamiento con las suyas, leía su mismo credo, un poco disminuido, un poco estirado, un poco encubierto, un poco modificado, un poco compuesto, un poco desfigurado, un poco sobreentendido, pero que siempre podía reconocer con su caritativa obstinación—por lo cual daba en espíritu el abrazo fra-

terno á los herejes de todas aquellas tintas y colores diversos.

Sobre todos los demás vástagos heréticos acogía con amor singularísimo á los valdenses. Fomentaba en ella su predilección el odio general contra el Catolicismo por una parte, y por otra el espíritu tradicional de su secta. Constábale que Cromwell, el famoso protector de la república inglesa, había patrocinado con ardentísimo afán la causa de los infelices valdenses, cerca del duque de Saboya; y sin más, conformábase con la dulce persuasión de que su iglesia tenía en el Piamonte una digna hermana. Ni siquiera sirvió para que surgiese duda en su espíritu el carácter odioso é infame del protector, alma de hiel y de fango, dignísimo portaestandarte de cuantos verdugos y parricidas son execrados por la historia: ¡tan estrechamente velaba su entendimiento la venda de las preocupaciones mamadas con la leche! Por latir su corazón generoso en su pecho, había con frecuencia sido espléndida para construir templos y escuelas en Italia, imitando sin escrúpulo al atroz Cromwell, el cual, manando aún la inocente sangre católica que vertiera en su país, se deshacía en dulzuras con los val-

denses, castigados como rebeldes en Italia por su príncipe, asignándoles doce mil libras anuales del erario inglés.

Tanto la infeliz señora había dejado que la dominase su extraviada piedad, que le bastó leer la falsísima historia de sir Samuel Morland, representante extraordinario de Cromwell, cerca del duque de Saboya, y engullir además el fárrago de mentiras de Léger, que, refugiado en Holanda desde los valles, llenó allí el mundo de calumnias contra su príncipe, de querellas contra su justicia, y de imágenes de martirios despiadados é inverecundos, sufridos (en sueño) por los cómplices de su propia felonía. Cual si todo esto no bastase, mistress Needle revolvía y saboreaba en ocasiones los indigestos tomos de la historia valdense de Muston, titulada *El Israel de los Alpes*, y una multitud de otras novelas antiguas y modernas de Perrin, de Jones, de Mönastier y de Beattie (data de larguísima fecha la costumbre de colocar en el cielo, á fuerza de mentidas apotesis, á la cáfila de sectarios), así como las innobles patrañas de Parandier, de Geymonat, de Bert, de Desanctis y de Boni. No desdeñaba tampoco ¡pobre ciega! suscribirse á los pequeños periódicos valdenses, relativamente á los cua-

les basta un tinte de ciencia para reconocer á cada paso su ignorancia y su mala fe. Por todo lo cual era sumamente ilustrada en lo relativo á los valdenses, hasta el punto de poder competir pocos con ella: no conocía, no, la verdadera historia, pero sí la mitología clásica que inventaron los antiguos "rapsodistas" y volvieron á copiar los pedagogos modernos: tenía vivos y frescos en la memoria los ínclitos nombres de Angroña, de Luserna, de Ramola, de Pomareto y de Prarostino, tanto como los de Londres, de Manchester y de Liverpool.

Julia estaba sumamente lejos de saber la oculta debilidad de su discreta señora: sin la indicación que hizo en el viaje, absolutamente nunca hubiera ni soñado que aquellos valles, desconocidos casi en Italia, tuvieran tanto renombre en Inglaterra. Mucho menos sabía que los pretendidos mártires valdenses hicieran el milagro de abrir la bolsa de las sociedades bíblicas y sacar de ellas largas sumas: ignoraba por completo que en la Gran Bretaña protestante, aun los periódicos de más fama, como el *Daily Telegraph*, se honraran en nuestros días hablando muy bien de los valdenses, y que hombres de alguna reputación suplicasen á la graciosa reina Vic-

toria que sucediera á Cromwell en su protectorado sobre los valles en que aquellos vivían.

Julia, no bien se hubo acomodado en una fonda de Turín, vió llegar un ministro valdense, al que la señora Needle hizo un recibimiento honrosísimo y franco, como á persona, no sólo esperada, sino deseadísimamente. Por las ceremonias comprendió la joven que desde Inglaterra le había comunicado las señas, el día y la hora de la llegada. No consignaremos nosotros su nombre, llamándolo el ministro sencillamente.

Tenía fama de ser el primero entre los famosos. Es verdad que sus opiniones disgustaron en la "Tabla," ó sea en el sanedrín supremo de los valdenses más ortodoxos, llamándosele por ende incrédulo y herético. Mas ¿cómo condenarle en asamblea, donde cada uno, en virtud del libre exámen, es juez supremo de sus juzgadores, sobre todo tratándose de un prepotente que se abría paso con sus escritos, los menos estúpidos entre los estupidísimos de la santa cofradía? En una palabra, después de muchas minas y contraminas la conminación de excomulgarle cesó, y el racionalista necio volvió desde los valles á Turín, señalado y bendecido, para gozar sus pre-

bendas, y hacer diabluras entre los cónsules de los países protestantes. No queremos llamar débil á la "Tabla" valdense; no podía hacer sino seguir sábiamente las huellas de los sinedrios de Berlín, de Londres y de Ginebra. Ahora bien: Sydow en Berlín, Colenso en Londres, otros arrianos, racionalistas y socinianos en Ginebra, en vez de excomuniones, lograron benevolencia, y vieron que los llamados consistorios, después de muchas amenazas y de muchas conminaciones, se aplacaron por último, y metieron en su funda los rayos ya encendidos, acordándose del proverbio: "Las ranas no tienen dientes." Pero volvamos al asunto.

Mistress Needle nada sabía ni sospechaba de las aventuras del ministro; por el contrario, conociéndolo sólo por cartas, considerábale hombre de valer, y valdense ortodoxo. Por ello, sin más examen, ansioso no perder tiempo, suscitó pronto la conversación del intentado viaje á los valles. —A todo trance quisiera yo, á lo menos una vez en mi vida, concurrir al servicio divino; tuve siempre una veneración altísima por aquellas iglesias santificadas hace siglos por persecuciones y martirios.

—Es una inspiración del Espíritu Santo,

respondió el ministro, que se apercibió de que hablaba con una *pietista* número uno. Yo mismo iría gustoso con vos, si precisamente pasado mañana no hubiese de officiar en nuestra iglesia de Turín. Mas le podré dar cartas de recomendación...es decir... me explicaré....

—Quedaréle reconocida en extremo, añadió interrumpiéndole mistress Needle.

—Me explicaré, continuó el ministro: en rigor se necesita sólo anunciar su nombre. Demasiado bien saben que sois una de las más insignes bienhechoras de los hermanos. Usía es la Electa de nuestros días, semejante á la que logró de Juan muy dulces saludos, "por razón de la verdad que demoraba en ella."

—Por merced, respondió con modestia la Needle, no me prive del mérito, si mérito hay, con tales parangones, pues por la confrontación me reduzco á la nada.

Julia, que se hallaba presente, observando que se metían en lo íntimo de la ascética, hizo ademán de retirarse; mas la señora la detuvo cortesmente, añadiendo:

—Contigo, bella mía, no tengo secretos.

—Y dirigiéndose después al ministro.

—Ahora bien: ¿no me podría encontrar uno á propósito, que quisiese hacer con-

migo la peregrinación, sirviéndome de compañero y de guía?

Meditó un poco el ministro, acariciando hasta la punta su barba, y luego:—¡Ah, sí! Aun esto no es imposible. Podré rogar á una señora (un diamante de la iglesia evangélica, un raro y precioso diamante), debiendo creer que se considerará honrada sirviéndola de guía.

Plació admirablemente á la señora la oferta; tanto más, cuanto el ministro recomendó á la protestante con elogios tan desmesurados, que hubieran sido excesivos tratándose de una santa. No bien hubo salido de su presencia, dijo la Needle á Julia:—Amiguita, no puedo en nada desconfiar de ti: te creo discreta y tolerante con mis opiniones, como lo soy con las tuyas. No debes imaginar que te quiero imponer un viaje que no sería de tu gusto. Iré con mis hijas, como te dije, y, si puedo, con la indicada señora, á fin de cambiar cuatro palabras en el camino. Aun cuando no venga, te quedarás de todas maneras en la fonda, dejándote por decoro á Kelerina. Podrás trotar un poco por Turín mientras vuelvo.

Mostróse contentísima Julia por tan bondadosa y cortés disposición, preguntando

inmediatamente:—Mas vos, ¿cuánto tiempo pasareis allí?

—Un día para ir, otro para permanecer, y otro para retornar: he aquí tres días en los cuales serás la señora de la casa.....por supuesto, lo eres siempre.—

Presentóse poco después la guía, trayendo, con las cartas comendaticias del ministro para los amigos de Lucerna y de Torre, la oferta de acompañar á la peregrina inglesa; mas quiso Dios que la Needle se hallase ausente, por lo cual fué forzoso á la pobre Julia recibirla con agrado en nombre de su señora. Cambiadas algunas frases con ella, la mente sagaz de la joven hizo que leyera en el corazón de la mujer lo bastante para sentir desdén y asco. Pronto se apercibió de que era pura toscana: una toscana y protestante, sólo podía ser apóstata, tan sucia y vilísima, por consecuencia, como el fango más asqueroso, siendo inaudito en Italia, y sobre todo en Toscana, que una señora de buenas costumbres dejase la fe católica por las novedades valdenses. El alma cándida, recta y religiosa de Julia sentía una vergüenza sin igual por tener que departir con una desventurada ramera, aunque la viese con traje de señora y haciendo melindres llenos de artificios. Sin

embargo, no pareciéndole decoroso manifestar su persuasión íntima, y mucho menos hacer salir á la que con tanto afán era esperada y apetecida por la inglesa, contentóse con detenerla en la sala, y dejando extinguir la conversación, aguardar muda el retorno de mistress Needle. Tardó esta pocos minutos, afortunadamente.

Estaba Julia en lo cierto. El digno diamante de la iglesia evangélica era una llamada inspectora de las escuelas de niñas. Había comenzado su carrera evangélica siendo maestra en Arezzo, donde su ambición de lazos y de adornos arrastróla de tal suerte, que hízose cómplice de un ministro anglicano. Confesa de haber distribuido con su mano á sus alumnas biblias de Diolati y trataditos heréticos, sin justificarse tampoco plenamente de ciertos corretajes ignominiosos, indignos de una noble muchacha, fué proscrita de Toscana en tiempos del Gran Duque, y peor hubiese salido á no estar patrocinada por la legación inglesa. Vivió algún tiempo ignorada en el Piamonte, sin saberse bien cómo, hasta que se le presentó la ocasión para comparecer de nuevo en público, con la doble aureola, en que antes no había pensado, de patriota y mártir de la santa causa.

Halló naturalmente favor en los profesores de las escuelas; se avenía perfectamente con los empleados, jefes de las oficinas, inspectores, maestros y proveedores; servía en las empresas para vigilar y escarnecer las escuelas religiosas que se querían suprimir, viniendo á ser un instrumento comodísimo en las manos del director de instrucción pública. Hasta corría el rumor entre los conocedores de ciertas historias, de ser la melindrosa maestra el ojo derecho de un ministro, cuando demandaba audiencia, no le hacían aguardar; á fin de anunciarse, mandaba delante, metida en un sobre, sobre su propia fotografía, con traje que hubiera parecido demasiado indecente, aun tratándose de una bailarina. El hecho fué que doña Elvira (llamémosla así, para nombrarla de algún modo), vió abiertas de par en par las puertas de los honores y de las ganancias, gozando el precio subidísimo de sus obras, acomodadas á los tiempos y á las personas.

¡Cosa digna de contarse! Los rumores escandalosos que circulaban relativamente á ella, no habían disminuido un punto su reputación en la hermandad del Evangelio flamante. Por el contrario, la protección de los dioses del Olimpo herético era causa

de que le hiciesen fundar las escuelas protestantes, para lo que valía cual el oro. Sólo que la orgullosa mujer, llevada en la palma de la mano, no se quería rebajar llamándose discípula de los valdenses. Trataba con intimidad á los pontífices de la secta, y ponía diestramente á precio su cooperación, así como el favor de que gozaba, consiguiendo así abundantes reembolsos por sus gastos de viaje, y vanagloriándose después de su celo desinteresado, diciendo que sufría incomodidades en servicio del Evangelio. Los honrados ministros le daban la razón, por convenirles aprovecharse de tal instrumento. No quitaba eso que se riese á hurtadillas de su bobería, ni que se hallase vendida en alma y cuerpo á la rival secta Evangélica italiana, independiente de la "Tabla" valdense.—¿Qué? decía conversando con los famosos *antivaldenses*: ¿hemos de ver á un rebaño de montañeses, que han venido rodando de las crestas alpinas, dictando leyes á los evangélicos de Italia? Nosotros en Toscana teníamos ya templos y escondidos puntos de reunión cuando los de Luserna y de Angroña estaban durmiendo aun en sus cuevas de marmotas. ¡Y pensar que hoy pretenden temer la sarten del mango, sometiendo á su Tabla la

la Italia entera! ¡Ellos, que solo saben hablar una mezcla de pésimo dialecto, mal italiano y peor francés! Necesítase libertad, libre examen, é Iglesia libre.

He aquí por qué razón estaba cosida con hilo doble con el pastor de Turín, no con el sujeto á la Tabla, sino con el rebelde y temido, que hacía todos los papeles, y era precisamente el único tratado por *missstres Needle*. Tomaba parte, ora en el servicio valdense, ora en el evangélico independiente, según mejor le placía, y cada ministro necio la consideraba como su oveja. *Missstres Needle*, sin embargo, por su ciega confianza en aquel, hizo á la malvada grandes obsequios, y después de darle muchas gracias por la buena compañía que dignábase ofrecerla, le propuso partir en el camino de hierro á la siguiente mañana, día de sábado, hacer noche en Pinerolo, y al domingo siguiente llegar en carruaje á tiempo para el servicio divino de Luserna.